

JULIAN BARNES

*Inglaterra,
Inglaterra*



Sir Jack Pitman, un magnate de aquellos que sólo la vieja Albión puede producir, emprende la construcción de la que será su obra magna. Convencido de que en la actualidad Inglaterra no es más que una cáscara vacía de sí misma, apta sólo para turistas, él creará una «Inglaterra Inglaterra» mucho más concentrada, que de manera más eficaz contenga todos los lugares, todos los mitos, todas las esencias e incluso todos los tópicos de lo inglés, y por consiguiente será mucho más rentable. Pero en un giro inesperado, el país de mentirijillas se vuelve tanto o más verdadero que el país de verdad...

A Pat

1. Inghilterra

Alguien preguntaba: «¿Cuál es tu primer recuerdo?»

Y ella respondía: «No me acuerdo.»

Casi todo el mundo lo tomaba a broma, aunque algunos sospechaban que se hacía la lista. Pero ella lo decía en serio.

—Sé lo que quieres decir —decían los comprensivos, disponiéndose a explicar y simplificar—. Siempre hay un recuerdo detrás del primero que te impide llegar a él.

Pero no: ella tampoco quería decir eso. Tu primer recuerdo no era algo como el primer sujetador, o el primer amigo, o el primer beso, o el primer polvo, o el primer matrimonio, o el primer hijo, o la muerte de uno de tus padres, o la primera intuición súbita de la lancinante desesperanza de la condición humana; no era nada de eso. No era una cosa sólida, tangible, que el tiempo, a su manera despaciosa y cómica, pudiese decorar con detalles fantasiosos a lo largo de los años —un remolino vaporoso de niebla, un nubarrón, una diadema—, pero nunca eliminar. Un recuerdo, por definición, no era una cosa, sino... un recuerdo. Un recuerdo ahora de un recuerdo un poquito anterior a un recuerdo previo a aquel recuerdo de cuando. Así, la gente estaba segura de que recordaba una cara, un rodillazo que les habían propinado, un prado en primavera; un perro, una abuelita, un animal de algodón cuya oreja se desintegraba, ensalivada, de tanto mordisquearla; la gente rememoraba un cochecito de niño, la vista desde ese coche, la caída desde el coche y el golpe con la cabeza contra el tiesto que su hermanito había volcado para subirse encima y examinar al recién llegado (aunque muchos años después em-

pezarían a preguntarse si aquel hermano no les habría arrancado del sueño y golpeado la cabeza contra el tiesto en un arranque primario de cólera fraterna...). La gente recordaba estas escenas con la mayor certeza, de forma incontrovertible, pero ella recelaba, dudaba de que no fuese un relato ajeno —fuera cual fuese su fuente y su intención—, un fantaseo ilusorio o el intento sigilosamente calculado de apresar el corazón del oyente entre el pulgar y el índice y pellizcarlo de suerte que la moradura creciese hasta el brote del amor. Martha Cochrane habría de vivir un largo tiempo, y en todos los años de su vida no encontraría nunca un primer recuerdo que, a su entender, no fuese falaz.

Así que ella también mentía.

Su primer recuerdo, dijo, era el de que estaba sentada en el suelo de la cocina, cubierto con esteras de rafia mal hilada, de las que tienen agujeros en los que ella podía meter una cuchara para hacerlos más grandes y ganarse una bofetada por ello —pero se sentía a salvo porque su madre estaba cantando a solas en segundo plano (siempre cantaba canciones antiguas cuando cocinaba, no las que le gustaba escuchar en otros momentos; e incluso hoy día, cuando Martha encendía la radio y oía algo como «You're the Top» o «We'll All Gather at the River» o «Night and Day», de repente olía a sopa de ortigas o a fritura de cebollas, ¿no era una cosa rarísima?, y había aquella otra, la de «Love Is the Strangest Thing», que siempre le evocaba el corte súbito y la succión de una naranja—, y allí, extendidas sobre la estera, estaban las piezas de su rompecabezas de los condados de Inglaterra, y mami había decidido ayudarla formando, para empezar, toda la periferia y el mar, lo cual dejaba perfilado el contorno del país en aquel suelo de rafia de formas curiosas, un poco como una anciana voluminosa sentada en la playa con las piernas estiradas, y las piernas eran Cornualles, aunque por supuesto a ella no se le había ocurrido pensarlo entonces, ni siquiera conocía la palabra Cornualles, ni de qué color era la pieza, y ya se sa-

be cómo son los niños con los rompecabezas, cogen cualquier pieza y tratan de encajarla por la fuerza en el hueco, así que seguramente ella escogió Lancashire y le obligó a comportarse como si fuera Cornualles.

Sí, aquello era su primer recuerdo, su primera mentira, astuta y cándidamente tejida. Y a menudo había alguna otra persona que había tenido el mismo rompecabezas en la infancia, y surgía un episodio de tenue rivalidad acerca de la tesela que pondrían primero: normalmente era Cornualles, pero a veces era Hampshire, porque Hampshire tenía pegada la isla de Wight y se adentraba en el mar y era fácil rellenar el hueco, y después de Cornualles o Hampshire podía ser East Anglia, porque Norfolk y Suffolk estaban asentados uno encima de otro como hermano y hermana, o se aferraban como marido y mujer, acoplados en posición horizontal, o formaban las dos mitades de una nuez. Luego estaba Kent apuntando con el dedo o la nariz al continente, como advirtiendo: ojo, que allí hay extranjeros; Oxfordshire besuqueándose con Buckinghamshire y aplastando a Berkshire; Nottinghamshire y Derbyshire uno al lado del otro, como zanahorias o piñas; la tersa curva de un león marino, Cardigan. Recordaban que casi todos los condados grandes y claros estaban alrededor del borde, y cuando los colocabas dejaban en el medio un confuso revoltijo de condados más pequeños y de forma rara, y nunca te acordabas de dónde encajaba Staffordshire. Y luego intentaban recordar los colores de las piezas, lo que en su día había parecido tan importante, tanto como los nombres, pero ahora, tanto tiempo después, ¿Cornualles había sido malva y Yorkshire amarillo y Nottinghamshire marrón, o era Norfolk el amarillo, o si no su hermana, Suffolk? Y éstos eran los recuerdos que, aunque fueran inexactos, eran los menos falsos.

Pero aquello, pensaba ella, tal vez fuera un recuerdo verídico y sin manipular; ella había avanzado por el suelo hasta la mesa de la cocina, y sus dedos eran más rápidos con

los condados ahora, más pulcros y más honestos, sin intentar que Somerset encajase en Kent, y primero solía rellenar la costa —Cornualles, Devon, Somerset, Monmouthshire, Glamorgan, Carmarthen, Pembrokeshire (porque Inglaterra incluía Gales, que era el estómago prominente de la anciana)—, luego volvía a Devon y rellenaba el resto, dejando para lo último el embrollo de los Midlands, y cuando llegaba al final faltaba una pieza. Solía ser una perteneciente a Leicestershire, Derbyshire, Nottinghamshire, Warwickshire o Staffordshire, y entonces le embargaba una mezcla de desolación, fracaso, desencanto por la imperfección del mundo, hasta que papá, que parecía estar siempre cerca en aquel momento, encontraba la tesela que faltaba en el lugar más inverosímil. ¿Qué hacía Staffordshire en el bolsillo de su pantalón? ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Ella la había visto saltar? ¿Creía Martha que el gato la había puesto en el bolsillo? Y ella sonreía respondiendo que no con movimientos de cabeza, porque Staffordshire había sido hallado, y su rompecabezas, su Inglaterra y su corazón habían sido recompuestos.

Aquello era un recuerdo fiel, pero Martha seguía recelando; era verdadero, pero manipulado. Sabía que había ocurrido, porque había ocurrido varias veces; pero, en la amalgama resultante, las señales distintivas de cada vez que había ocurrido —que ahora tendría que reconstruir, como cuando su padre se había mojado bajo la lluvia y le había devuelto Staffordshire húmedo, o cuando dobló la esquina de Leicestershire— se habían perdido. Los recuerdos de la infancia eran los sueños que persistían en ti cuando despertabas. Soñabas toda la noche, o durante largos, serios lapsos de la noche, pero cuando despertabas lo único que perduraba era el recuerdo de haber sido abandonada o traicionada, o el de haber caído en una trampa y haberse quedado sola en una llanura helada; y a veces ni siquiera eso, sino una imagen residual, difuminada, de la emoción generada por tales sucesos.

Y había otra razón para la suspicacia. Si un recuerdo no era una cosa, sino el recuerdo de un recuerdo de un recuerdo, espejos colocados en paralelo, lo que el cerebro te decía ahora sobre lo que presuntamente había sucedido entonces estaría modificado por lo que había ocurrido entre medias. Era como un país rememorando su historia: el pasado nunca era solamente el pasado, era lo que hacía al presente apto para vivir consigo mismo. Lo mismo cabía decir de los individuos, aunque el proceso, obviamente, no era nada sencillo. Quienes habían vivido una vida decepcionante, ¿recordaban un idilio o algo que justificase que sus vidas hubieran acabado en el desencanto? Los que estaban satisfechos de su vida, ¿se acordaban de una satisfacción previa, o de algún momento de adversidad bien resuelta y heroicamente superada? Entre la persona interior y la exterior siempre existía un componente de propaganda, de ventas y de mercantileo.

Y asimismo un autoengaño constante. Porque aun cuando admitieras todo esto, aunque captaras la impureza y la corrupción de las reminiscencias, parte de ti seguía creyendo en esa cosa —sí, cosa— inocente y auténtica que llamabas un recuerdo. En la universidad, Martha se había hecho amiga de una chica española, Cristina. La historia común de sus dos países, o al menos los contenciosos entre ambos, quedaba siglos atrás; pero aun así, cuando Cristina había dicho, en un momento de pullas amistosas: «Francis Drake fue un pirata», Martha había dicho: «No, no lo fue», porque sabía que era un héroe inglés y un Sir y un almirante y por tanto un caballero. Cuando Cristina, más seria esta vez, repitió: «Fue un pirata», Martha supo que era la falsedad consoladora, aunque necesaria, de los derrotados. Más tarde consultó «Drake» en una enciclopedia británica, y aunque la palabra «pirata» no aparecía nunca, las palabras «corsario» y «pillaje» salían con frecuencia, de suerte que entendió perfectamente que el corsario saqueador para una persona podía ser un pirata para otra, pero así y todo Francis Drake

siguió siendo para ella un héroe inglés, incontaminado por lo que había leído sobre él.

Al mirar atrás, pues, desconfiaba de los recuerdos reveladores y lúcidos. ¿Qué podía ser más nítido y memorable que aquel día en la feria agrícola? Un día de nubes frívolas sobre un serio azul. Sus padres la llevaban suavemente sujeta por las muñecas y la columpiaban muy alto en el aire, y los montones de hierba eran una cama elástica cuando aterrizaba. Las carpas eran blancas con toldos a rayas, de una construcción tan sólida como las vicarías. Detrás se alzaba una colina desde la cual cansinos y estropajosos animales observaban a sus parientes mimados, atados con un ronzal, en el ruedo de exhibición de abajo. El olor en la entrada trasera de la cervecería, a medida que el día se iba haciendo más caluroso. La cola para utilizar los retretes portátiles, y un hedor no muy distinto. Las insignias de cartón de las autoridades, colgando de los botones de las camisas de viyella. Mujeres almohazando a chivos sedosos, hombres traqueteando orgullosos a bordo de tractores veteranos, niños llorando que se resbalaban de los ponies mientras al fondo figuras presurosas reparaban las vallas rotas. Los camilleros de la ambulancia del St. John a la espera de gente que se desmayase o se cayera de los cables tensores o sufriese un ataque al corazón; a la espera de que ocurriera algo malo.

Pero todo salió bien aquel día, todo fue bien en el recuerdo que Martha tenía al respecto. Y ella había guardado durante muchos decenios el libro de las listas, cuya extraña poesía, en su mayor parte, conocía de memoria. La lista de premios de las sociedades agrícola y hortícola de la comarca. Tan sólo una docena de páginas con una cubierta roja, pero para ella era mucho más: un libro ilustrado, aunque sólo contenía palabras; un almanaque; un herbario de botica; un estuche de magia; un prontuario.

Tres zanahorias – largas
Tres zanahorias – cortas
Tres nabos – cualquier variedad
Cinco patatas – largas
Cinco patatas – redondas
Seis habas
Seis judías pintas
Nueve frijoles
Seis chalotas grandes rojas
Seis chalotas pequeñas rojas
Seis chalotas grandes blancas
Seis chalotas pequeñas blancas

Colección de verduras. Seis clases distintas. Si se incluyen coliflores, hay que exponerlas en tronchos.

Bandeja de verduras. Puede estar adornada, pero sólo con perejil.

20 espigas de trigo

20 espigas de cebada

Césped de pasto resemebrado en caja de tomate

Césped de pasto permanente en caja de tomate

Las cabras de concurso tienen que estar atadas con ronzal y hay que mantener *en todo momento* un espacio de dos metros entre ellas y las cabras que no concursan.

Todas las cabras inscritas tienen que ser hembras.

Las cabras catalogadas en las clases 164 y 165 deben haber parido un cabrito.

Un cabrito lo es desde el nacimiento hasta los 12 meses.

Tarro de mermelada

Tarro de mermelada de fruta madura

Tarro de crema de limón

Tarro de gelatina de fruta

Tarro de cebollas en vinagre

Tarro de vinagreta

Vaca frisona de ordeño

Vaca frisona preñada

Novilla frisona de ordeño

Novilla frisona virgen que no tenga más de 2 dientes grandes.

El ganado sano debe ser conducido con ronzal y *debe mantenerse en todo momento* un espacio de tres metros entre él y el ganado sin certificado sanitario.

Martha no entendía todas las palabras, y muy pocas de las instrucciones, pero había algo en las listas —su organización serena y su carácter completo— que la satisfacía.

Tres dalias, decorativas, de más de 20 centímetros, en tres jarrones

Tres dalias, decorativas, de 15 a 20 centímetros, en un jarrón

Cuatro dalias, decorativas, de 7 a 15 centímetros, en un jarrón

Cinco dalias, bola en miniatura

Cinco dalias, de borla, de menos de 5 centímetros de diámetro

Cuatro dalias, de cactus, de 10 a 15 centímetros, en un jarrón

Tres dalias, de cactus, de 15 a 20 centímetros, en un jarrón

Tres dalias, de cactus, de más de 20 centímetros, en tres jarrones

Estaba inventariado todo el universo de las dalias. No faltaba ninguna.

La columpiaban hasta el cielo las manos seguras de sus padres. Caminaba entre los dos sobre un vado de tablones, debajo de lonas, a través del aire caliente y herbáceo, y leía su folleto con la autoridad de un creador. Pensaba que los artículos expuestos no existían de verdad hasta que ella los hubiese nombrado y catalogado.

—¿Qué tenemos aquí, señorita Ratón?

—Dos siete, oh. Cinco manzanas de asar.

—Eso parece correcto. Cinco. Habría que saber de qué clase son.

Martha volvió a consultar el folleto.

—De cualquier variedad.

—Estupendo. Cualquier clase de manzanas de asar. Tenemos que buscarlas en los puestos.

El padre fingía hablar en serio, pero la madre se reía y jugueteaba sin ninguna necesidad con el pelo de Martha.

Vieron ovejas apresadas entre las piernas de hombres sudorosos y de grandes bíceps, que perdían su vellón de lana en un remolino zumbante de tijeras de esquilarse; jaulas de alambre que contenían conejos tan grandes y tan limpios que no parecían reales; luego hubo el desfile de ganado, el concurso de disfraces a caballo y la carrera de terriers. En el interior de las carpas había panes dulces de manteca de cerdo, bollos calientes, bizcochos y crepes; huevos duros rebozados y partidos en dos como ammonites; chirivías y zanahorias de un metro de largo, afiladas hasta el grosor de una mecha de vela; cebollas lustrosas con el tallo doblado y atadas con un cordel; racimos de cinco huevos, con un sexto cascado en un cuenco junto a ellos; remolacha cortada en rodajas que mostraban anillos como los de árboles.

Pero eran las judías del señor A. Jones las que resplandecían en la memoria de Martha, y luego, más tarde, y más tarde aún, como reliquias sagradas. Daban tarjetas rojas al primer premio, azules al segundo y blancas a las menciones. Todas las tarjetas rojas para todas las judías las había ganado A. Jones. Nueve judías de cualquier variedad, nueve trepadoras redondas, nueve frijoles planos, nueve frijoles redondos, seis blancas grandes, seis habas. También ganaron sus nueve vainas de guisantes y tres zanahorias cortas, pero a Martha estas hortalizas le interesaban menos.

Porque A. Jones también usaba una argucia con sus judías. Las exponía sobre retales de terciopelo negro.

—Parece el escaparate de una joyería, ¿eh, cariño? —dijo su padre—. ¿Alguien quiere un par de pendientes?

Extendió la mano hacia los nueve frijoles de Jones, y la madre se rio, y Martha dijo: «No», bastante alto.

—Ah, como quieras, señorita Ratón.

Él no debería haber hecho eso, aunque no lo hiciera en serio. No tenía gracia. A. Jones sabía dar a una judía un aspecto perfecto. De color, de proporciones, de lisura. Y nueve judías eran mucho más hermosas.

En la escuela cantaban. Sentadas de cuatro en fondo con sus uniformes verdes, como judías en su vaina. Ocho piernas redondas, ocho piernas cortas, ocho piernas largas y ocho de cualquier variedad.

Todos los días empezaban con los cánticos religiosos, falsificados por Martha Cochrane. Más tarde venían los cantos secos y jerárquicos de las matemáticas, y después los densos cantos de poesía. Más extraños y más cálidos que ambos eran los de historia. Aquí les alentaban a una creencia urgente, extemporánea, en el rezo matutino. Los cánticos religiosos se entonaban con un murmullo apresurado; pero en historia la señorita Mason, regordeta como una gallina y vieja de varios siglos, dirigía el culto como una sacerdotisa carismática, llevaba el compás, guiaba a las cantantes.

55 d. C. (*cla cla*) Invasión romana

1066 (*cla cla*) Batalla de Hastings

1215 (*cla cla*) Carta Magna

1512 (*cla cla*) Enrique Tarambana (*cla cla*)

Defensor de la Fe anglicana (*cla cla*)

A ella le gustaba este último: con la rima era más fácil de recordar. Mil ochocientos cincuenta y *cuatro* (*cla cla*), de

Crimea el *desastre (cla cla)*; siempre lo decían así, por muchas veces que las corrigiera la señorita Mason. Y así seguía el cántico, hasta

1940 (*cla cla*) Batalla de Inglaterra

1973 (*cla cla*) Tratado de Roma

La señorita Mason las llevaba de gira por los siglos y luego las devolvía al punto de partida, desde Roma hasta Roma. Era su manera de animarlas y de hacer flexibles sus mentes. Luego les contaba historias de caballería y gloria, de pestes y hambrunas, de tiranía y democracia; de galanura regia y las robustas virtudes del modesto individualismo; de san Jorge, santo patrón de Inglaterra, de Aragón y Portugal, así como protector de Génova y Venecia; de Sir Francis Drake y sus gestas heroicas; de la reina Boadicea y la reina Victoria; del hacendado local que fue a las cruzadas y ahora yace en piedra junto a su esposa en la iglesia del pueblo, con un perro a sus pies. Escuchaban con tanta mayor atención porque, si estaba contenta, la señorita Mason acabaría la clase con más cantos, sólo que distintos. Habría acciones que exigían fechas; variaciones, improvisaciones y trampas; las palabras se agachaban y se zambullían mientras todas las alumnas se aferraban a una pizca de ritmo. Isabel y Victoria (*cla cla cla cla*), y ellas respondían: 1558 y 1837 (*cla cla cla cla*). O (*cla cla*) Wolfe en Quebec (*cla*), y tenían que responder (*cla cla*) 1759 (*cla*). O en vez de darles la pauta con la Conspiración de la Pólvora (*cla cla*), mencionaba a Guy Fawkes Apresado Vivo^[1] (*cla cla*) y tenían que encontrar la rima, 1605 (*cla cla*). Las paseaba a lo largo de dos milenios, convirtiendo la historia no en un avance obstinado sino en una serie de momentos rivales y vívidos, juicios sobre terciopelo negro. Mucho más tarde, cuando todo lo que habría de sucederle en la vida ya había sucedido, Martha Cochrane, al ver una fecha o un nombre en un libro,